102

I

Me fusilaron, sí, pero no me mataron. ¿Os asombra esto, pobres niños? Pues no fuí yo el único caso de esta supervivencia, resurrección ó como queráis llamarlo. Más de una víctima (y víctima fuí, aunque me esté mal el decirlo) debió su salvación á la prisa con que fusilaban los franceses en las últimas horas de aquel bárbaro ejercicio, que fueron las de la madrugada. Rendidos de cansancio, nos despachaban sin el esmero que requiere la perfecta matanza; lo echaban á barato, y las correctas ejecuciones de la tarde del 2 fueron chapucerías indecentes en la madrugada del 3. Alabada sea, pues, la torpeza, alabado el mal humor de aquellos pobres soldados, cuya resistencia corporal apuraron cruelmente los empedernidos jefes... En fin, por lo que á mí toca, que Dios les premie su mala puntería .. amén.

M.C.D.2020

Personas caritativas me recogieron. Fuí á parar á una casa de las que llaman de *Tócame Roque*. Reconocieron en mi pobre cuerpo tres balazos: uno en la cabeza, sin importancia; otro en el brazo izquierdo, que á poco más me deja manco; el tercero en un costado, con herida grave, bala que se quedó dentro... Un mes pasé en dolorosa incertidumbre, que si vivo, que si muero... Si los franceses quisieron acabar conmigo, Dios lo dispuso de otro modo... Un sapientísimo albéitar me extrajo la bala, y me asistió solícito hasta curarme y dejarme como nuevo, en disposición de seguir tirando del carro de la Historia.

Á ello voy, y ahora será bien que sepáis cómo me determiné á buscar en el temple de Andalucía la seguridad de mi convalecencia. Algunos indiscretos conocedores de mi vida os dirán quizás que el móvil de mi viaje fué la querencia de aquel Cuento de Hadas que conocéis por las vagas referencias entreveradas en mi relato del 2 de mayo. Sin desmentir ni aceptar esta versión, os prevengo que en el relato de Bailén echo la llave al arca en que guardo cuanto se refiere á mi bella y espiritual Princesita, y que no pienso abrirla hasta que los sucesos de mi vida lleguen á mayor desarrollo y madurez. Sabed, por ahora, que á fines de mayo, cuando empezaba yo á saborear la recobrada salud, llegaban á mis oídos voces de levantamiento y guerra. Funcionaban con ardorosa diligencia las diversas Juntas formadas contra los invasores. En Valladolid se organizaba un ejército, que mandaba D. Gregorio de la Cuesta; en Asturias y Galicia, otro que mandaría el General Blake. El tercer ejército se organizaba en Andalucía con las tropas de todas armas que teníamos en San Roque, mandadas por Castaños, y las de Granada, regidas por Reding.

Y en tanto, Francia intrusa y conquistadora movía

peones en el tablero español. Fijaos en estos nombres de Generales de Napoleón, caudillos de poderosas fuerzas, que se disponían á sojuzgarnos en distintas partes de la Península. *Dupont* salía de Toledo para Andalucía; *Moncey* iba sobre Valencia; *Lefebre* marchaba contra la capital de Aragón; *Duhesme* operaba en Cataluña; *Bessières* venía presuroso hacia Valladolid... Al propio tiempo se decía que Napoleón nos mandaba de Rey á su hermano mayor, llamado *Don José*, el cual, con el sólo anuncio de su nombre y de su forzada soberanía sobre España, daba ocasión á las más acerbas y despiadadas burlas de los madrileños. Antes de conocerle, ya decía la gente que era hombre dado á la bebida, tuerto y extravagante.

Mucho influyó en mi determinación de visitar la Tierra de María Santísima la amistad que contraje con un mozo de mi edad, poco más, llamado Andrés Marijuán, aragonés, de Almunia de Doña Godina, el cual era servidor de una señora Condesa ~~heredera~~ de tierras en Aragón y en Andalucía, y había sido requerido por su ama para el servicio de la casa y haciendas de Bailén, donde aquella dama residía. El genio franco y alegre de Marijuán casaba tan bien con el mío, que pronto fuimos amigos, y del trato amistoso pasamos al de hermanos. Nuestra pobreza nos eximía de los engorrosos preliminares de llenar baúles y prevenir las mil futesas que ha de llevar consigo el perfecto viajante. Dinero había muy poco y era todo de Marijuán; mas él lo aplicaba generosamente á mis necesidades como á las suyas, y yo tan contento. Á pesar de la desigualdad de bolsillos, no éramos amo y criado, sino dos amos que recíprocamente nos mandábamos y nos servíamos. En tal disposición enprendimos la marcha en un día que no sé si era de los últimos de mayo ó de los primeros de junio.

Á trechos anduvimos á pie; algunos días en macho, si nos franqueaban sus caballerías los arrieros que volvían á la Mancha de vacío. Nada digno de ser contado nos ocurrió hasta Manzanares, adonde llegamos desde Villarta en un lento carro de quejumbrosas ruedas. Casi al mismo tiempo que nosotros entraban tropas francesas en el pueblo. Eran las del General Ligier-Belair, que iba en socorro de un destacamento destrozado en Santa Cruz de Mudela. En Manzanares reinaba gran inquietud, y una vez que salieron los franceses, ocupábase todo el pueblo en armarse para ir en socorro de los de Valdepeñas, punto donde se creía inevitable un choque furibundo.

Como teníamos prisa, apenas descansamos con breve sueño en Manzanares, seguimos á pie nuestra caminata. Al siguiente día, á las tres horas de camino, divisamos una espesa columna de humo. La patria del buen vino ardia por los cuatro costados... Cerca ya de Valdepeñas, oímos prolongado rumor de voces y tiros de fusil. Nos fué imposible seguir por el arrecife, porque la retaguardia francesa nos lo impedía; y siguiendo el ejemplo de otros paisanos, nos apartamos del camino, corriendo por entre viñas y sembrados, sin poder acercarnos á la población. En esto vimos que la caballería francesa se retiraba del pueblo, ocupando el llano que hay á la izquierda, y al mismo tiempo el incendio tomaba tales proporciones, que Valdepeñas parecía un inmenso horno. Los gritos, los quejidos, las imprecaciones que salían de aquel infierno llenaban de espanto el ánimo más esforzado.

De lejos, y al caer de la tarde, distinguíamos la columna de humo cubriendo el cielo de vagabundas y negras ráfagas. Marijuán y yo desahogamos nuestra ira en medio de la majestuosa soledad manchega, maldiciendo á gritos al tirano invasor de España.

M.C.D.2020

II

Al pasar la Sierra me sentí completamente restablecido. El temple dulce, el vivo sol, la hermosura del país, el ejercicio, equilibraron al punto las fuerzas de mi cuerpo; respiraba con desahogo, andaba con soltura, sin sentir malestar alguno en mis heridas. Todo rastro de dolor ó debilidad desapareció, y me encontré más fuerte que nunca. En nuestro tránsito por villas y lugares, advertimos la inquietud febril y los preparativos de defensa. En La Carolina y en Santa Elena escaseaban mucho los hombres, porque la mayor parte habían ido á incorporarse á la legión formada por D. Pedro Agustín de Echevarri, partida cuya base fueron los valerosos contrabandistas del país. Quedaba, no obstante, en las angosturas de Despeñaperros bastante gente para detener todos ó la mayor parte de los correos, y en varios puntos, apostados mujeres y chiquillos, avisaban la proximidad del convoy para que luego cayeran sobre él los hombres. Cerca de Guarromán vimos grandes sementeras quemadas, señal de que los franceses arruinaban el país para dominarlo más pronto.

Un domingo por la mañana llegamos á Bailén, residencia del ama de Marijuán, término del viaje de éste y del mío, pues yo había ligado estrechamente mi suerte á la del mozo aragonés. Recibidos fuimos por la señora con afable cortesía y benevolencia, y al enterarse del pacto de amistad que habíamos hecho Andrés y yo, mostróse benigna conmigo, brindándome hospitalidad en su casa. ¡Cuán agradecido quedé á la noble dama, y cuán dispuesto á obedecerla en cuanto me mandase! Y ahora, queridos niños, en mi descanso de Bailén tomo aliento para describir con rápida pintura

la morada venerable y la nobilísima familia andaluza que dieron amparo á mi pobre existencia.

El palacio de Rumblar era un caserón de siglos pasados, de feísimo aspecto en su exterior. Las altas paredes de ladrillo; las rejas enmohecidas y rematadas en cruces; los dos escudos de piedra obscura que ocupaban las enjutas de la puerta, cuyo marco apainelado y con vuelta de cordel parecía remontarse á fecha más antigua que el resto de la casa; las dos ventanas angreladas junto á un mirador moderno; el farol sostenido por pesada armadura de hierro dulce, en cuyo centro se retorcían algunas letras iniciales y una corona dibujadas con las vueltas del lingote; las guarniciones jalbegadas alrededor de los huecos; los pequeños vidrios, las celosías, y la diversidad y variedad de aberturas practicadas en el muro, según las exigencias del interior, le asemejaban á todas las antiguas mansiones de nuestros grandes. Por dentro resplandecía el blanco aseo de las casas de Andalucía. Había gran sala baja, capilla, patio con flores, habitaciones con zócalo de azulejos amarillos y verdes; puertas de pino, lustradas y chapeadas; gran número de arcones, muchas obras de talla, cuadros viejos, jaulas de pájaros, finísimas esteras, y sobre todo, una tranquilidad, un reposo y plácido silencio que convidaban á residir largo tiempo en aquella mansión.

En la pintura reverente de la familia de Afán de Ribera, ocupará el primer lugar la señora Condesa viuda, D.ª María Castro de Oro de Afán, etc., aragonesa de nacimiento, la cual era de lo más rígido, venerando y solemne que ha existido en el mundo. Parecía mayor de cincuenta años; alta, gruesa, arrogante, varonil usaba para leer sus libros de devoción ó las cuentas de la casa unas enormes antiparras engastadas en gruesa armazón de plata, y vestía constantemente de negro, con

M.C.D.2020

traje que á las mil maravillas á su cara y figura convenían. Aquélla y ésta eran de las que tienen el privilegio de no ser nunca olvidadas, pues su curva nariz, sus cabellos entrecanos, su barba echada hacia afuera y la despejada y correcta superficie de su hermosa frente, hacían de ella un tipo cual no he visto otro.

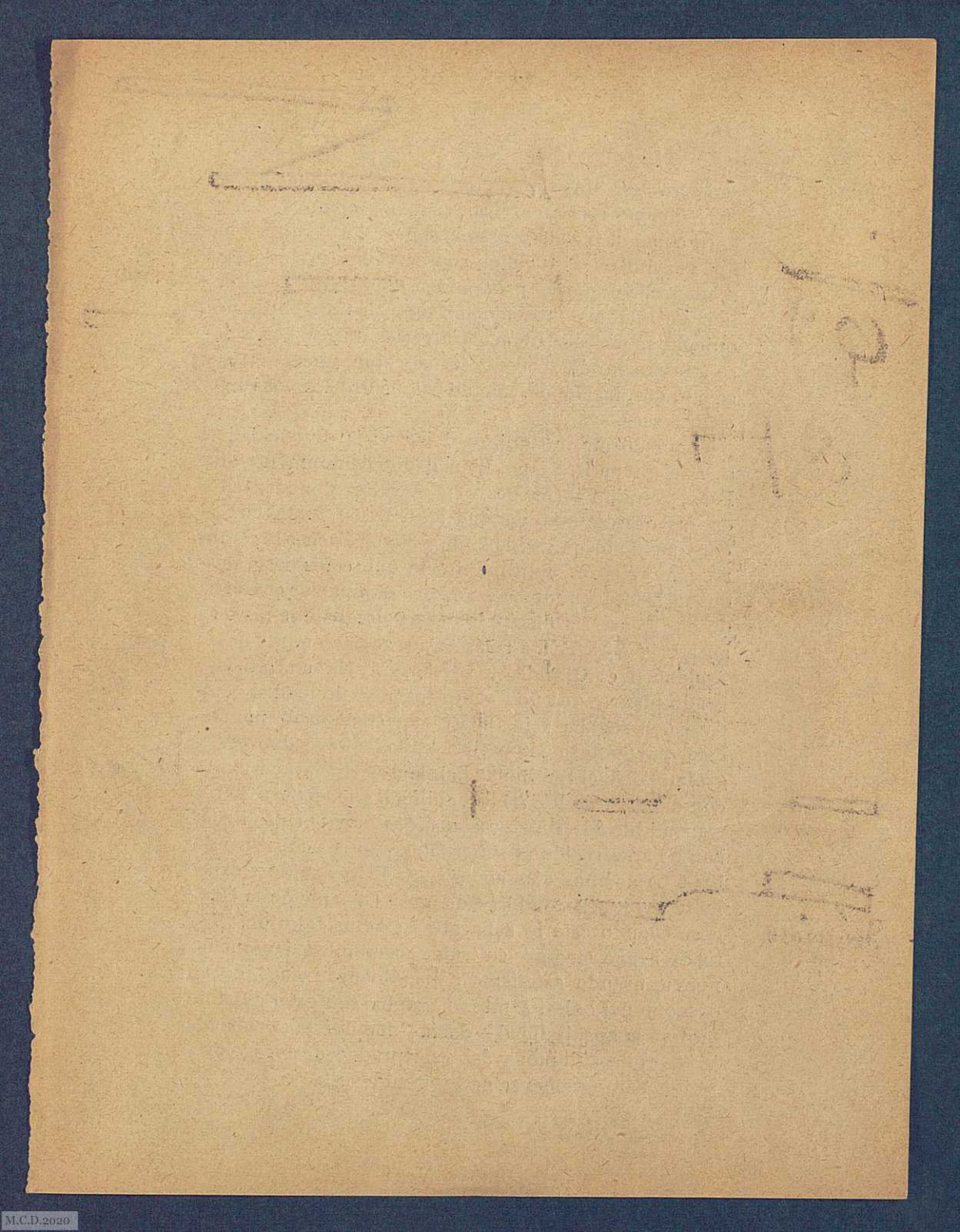
Tras de la madre pinto al hijo primogénito y mayorazgo, joven de veinte años, niño aún por sus hábitos, su lenguaje, sus juegos y su escasa ciencia. Don Diego Hipólito Félix de Cantalicio había sido educado conforme á sus altos destinos en el mundo, bajo la dirección de un ayo de que después hablaré, y aunque era voluntarioso y propenso á sacudir el cascarón de la niñez, arrastrando por el polvo de la travesura juvenil el purpúreo manto de la primogenitura, su madre le tenía metido en un puño, como suele decirse, y ejercía sobre él todos los rigores de su carácter. Verdad es que el muchacho, con su instinto y buen ingenio, había descubierto un medio habilísimo para atajar la severidad materna, y era que cuando el preceptor ó la Condesa no le hacían el gusto en alguna cosa, ponía se los puños en los ojos, comenzaba á regar con pueriles lágrimas los veinte años de su cuerpo, y exclamaba: «Señora madre, yo me quiero meter fraile.» Estas palabras difundían el pánico en la casa. Procuraban todos aplacarle, y la madre decía: «No seas loco, hijo mío. Vaya, puedes montarte á caballo en la viga del patio, y te permito que le pongas al gato las cáscaras de nuez en sus cuatro patitas.»

Á estos dos personajes seguirán forzosamente las dos hijas de la Condesa: dos pimpollos, dos flores de Andalucía, lindas, modestas, pequeñas, frescas, sonrosadas, alegres, sin pretensiones á pesar de su nobleza, rezadoras de noche y cantadoras por la mañana: dos avecillas que encantaban la vista con el aleteo de su

M.C.D.2020

inocente frivolidad, y de cierta ingenua coquetería de ellas mismas ignorada. Eran pequeñas como el resedá; pero como el resedá tenían la seducción de un aroma que se anuncia desde lejos, pues al sentirles los pasos se alegraba uno, y su proximidad era aspirada con delicia. Asunción y Presentación eran dos angelitos con quienes se deseaba jugar para verles reir, y para reirse uno mismo del grave gesto con que enmascaraban sus lindas facciones cuando su madre les mandaba estar serias.

Y por último, no quiero dejar en la obscuridad al ayo del joven D. Diego. Llamábanle comúnmente don Paco, y era un varón de gran sencillez y moderación en sus costumbres, aunque algo pedante. Estaba él convencido de que sabía latín, y citaba á veces los autores más célebres, aplicándoles lo que estos desgraciados no pensaron nunca en decir. También se preciaba de enseñar á sus discípulos acertadamente la historia antigua y moderna. Creíase muy fuerte en la vida de Alejandro el Grande, y además poseía en altísimo grado un arte que no á todos los mortales es dado cultivar con regular acierto. Era un consumado pendolista, que pudiera competir con esos colosos de la Caligrafía, Torío el Sublime y Palomares el Divino, y hasta con el moderno Iturzaeta, habilidad que en parte había transmitido á D. Diego y á las niñas, cuyas planas llenaban de admiración al señor Obispo de Guadix cuando iba á pasar unos días en la casa. El instruído y excelente preceptor temblaba de miedo delante de la Condesa cuando ésta le achacaba las faltas del niño. Vestía de negro, siempre en traje ceremonioso, aunque no nuevo, usando asimismo peluca blanca, rematada en descomunal bolsa. Á mí me trataba con gran dulzura, porque la hospitalidad—decía—fué don particular de los pueblos antiguos y debe ser practicada por los presentes para enseñanza de los venideros.



III

El patrimonio de aquella casa era bueno, aunque muy inferior al de otras familias de Andalucía y de Castilla; pero en la mente de la Condesa bullía el audaz pensamiento de entroncar su linaje con otro de los más alcurniados y poderosos, casando á D. Diego con la heredera de una nobilísima casa, dueña de inmensos estados esparcidos por toda la redondez de España. Con tales planes y designios vivía la señora en constante soñación halagüeña, sin descuidarse en los tratos y negociaciones para concertar la suspirada alianza. En Córdoba residían á la sazón las damas que representaban la casa poderosa; tenían parentesco, por afinidades cercanas, con los Afán de Ribera; la amistad se estrechaba más de día en día; todo iba bien; los anhelos de D.ª María marchaban por fácil camino hacia los reinos de Himeneo.

Para que el éxito fuera completo y redondo, trataba la Condesa de dignificar al hijo casadero, sacándole de su infantil simplicidad, y haciéndole galán y caballero de arrestos varoniles. Cuando vió cómo cundía el fuego de la guerra, y supo que Andalucía preparaba un grande ejército al mando de Castaños, tomó una resolución dolorosa para su corazón de madre, pero muy en armonía con sus deberes de jefe de una familia ilustre. Una mañana de los últimos días de mayo tomó asiento con desusada solemnidad en el sitial de honor de su estrado, hizo que las niñas se sentaran en taburetes bajos á un lado y otro, á D. Paco le puso á la derecha en pie, como canciller ó guardasellos de la casa, mandó á D. Diego que frente á ella se colocara con toda compostura y rigidez, y le echó este entonado discurso, que debo á la buena memoria del preceptor:

M.C.D.2020

«Hijo mío, mucho te quiero. Tu muerte no sólo nos mataría de pena, sino que aniquilaría nuestra casa y linaje. Eres mi único varón, eres el alma de esta casa, y sin embargo, preciso es que vayas á la guerra. Sangre valerosa corre por tus venas, y estoy bien segura de que á pesar de tus pocos años dejarás en buen lugar el nombre que llevas. Todos los jóvenes de la nobleza se deben á su Rey y á su Patria en estos terribles días en que un execrable extranjero se atreve á conquistar á España. Hijo mío, prefiero verte muerto en los campos de batalla y pisoteado por los caballos franceses á que se diga que el hijo del Conde de Rumblar no disparó un tiro en defensa de su Patria. Los hijos de todas las familias nobles de Andalucía se han alistado ya en el ejército de Castaños; tú irás también, con una escolta de criados, que armaré y mantendré á mis expensas mientras dure la guerra.»

Al decir esto, la marmórea cara de D.ª María no se inmutó; pero Asunción y Presentación rompieron á llorar. El primogénito palpitó de entusiasmo al tomar parte en un juego que no conocía, y que, visto de lejos, es muy bonito.

Marijuán y yo llegamos cuando se hacían los preparativos y el equipo de guerra del mayorazgo. Todos trabajaban en aquella casa, y no eran las menos atareadas las hermanitas del señor Conde, porque á más de la delicadísima ropa blanca que con sus propias manos y bajo la inspección de la madre aparejaron, se ocupaban á toda prisa en arreglar unos lindos escapularios, no sólo para él, sino para todos los de la cuadrilla.

Me venía muy bien pertenecer á la legión del lindo D. Diego, la cual se componía de cinco números, que luego se elevaron á siete. Doña María nos equipó á todos, singularmente á mí, cambiando mis destrozadas

ropas por otras flamantes. Teníamos, por la señora, una peseta diaria de soldada, y manos libres, como era de uso inmemorial en tropas adyecticias. Marijuán y yo nos conceptuábamos dichosos, y ya se nos hacían siglos los minutos que faltaban para que saliéramos á los anchos y alegres campos de la guerra.

Poco tardó el día de la partida. El traje y arreos del joven D. Diego eran elegantísimos: marsellés de paño pardo, con finos adornos rojos y azules, calzón de ante, ancha faja color de amaranto, botas de cordobán, ladeado sombrero portugués con moña de felpa roja y cordón de oro. Sobre la faja llevaba la chupa, con dos pistolas y un cuchillo de monte. Remataba el guerrero atavío la espada, que era de las antiguas de tazón, conservada con otros magníficos objetos en los

M.C.D.2020

arcones de la casa. Equipados todos, se nos dió á cada uno, á más del excelente caballo, un sable y dos pistolas. El bagaje se repartió entre todos. Un criado antiguo de la casa, que llevaba categoría de Mayor General, se encargó del dinero; otro, que iba como *Mariscal* ó albéitar, guardaba las ropas del condesito; Marijuán y yo distribuímos en nuestras alforjas las provisiones de boca. La partida fué alegre por nuestra parte, por las niñas lacrimosa, por D.ª María grave y circunspecta. Entre mil cosas pertinentes á sus deberes militares, la Condesa encargó á su hijo encarecidamente que su primera obligación en Córdoba era visitar á *las primas*. Éstas eran las ilustrísimas damas con cuyo linaje, tan antiguo como el mundo, había de entroncar el no menos noble y añejo de los Rumblares ó Afán de Ribera.

Hasta fuera de la villa fué en nuestra compañía don Paco, el cual recordaba á su discípulo las máximas de Alejandro sobre la guerra, recomendándole una y otra vez que las pusiera en práctica al pelear contra los franceses, y que cuidase de sostener siempre el orden oblicuo disponiendo una segunda línea para asegurar las espaldas y los flancos, porque á esto—decía—debió el gran Macedonio que siempre quedaran victoriosas sus difalangarquías y tetrafalangarquías.

Con tan sabia máxima, que el heredero de Rumblar juró cumplir al pie de la letra, despidióse el sabio maestro, y seguimos nuestra marcha muy contentos. No tomamos el camino real desde Bailén á Córdoba por no tropezar con la retaguardia del General Dupont, y en vez de las diez y ocho leguas y media de que consta aquella vía, tuvimos que andar unas veinticuatro leguas en nuestro rodeo. Fuimos á Menjíbar; desde allí, por Torredonjimeno, pasamos á Martos, y de Martos, por Alcaudete y Baena, fuimos á buscar en Castro del Río la margen derecha del Guadajoz.

M.C.D.2020

En el camino supimos la derrota de los paisanos y soldados de regimientos provinciales en el puente de Alcolea, y en Alcaudete nos informaron de la entrada de los franceses en Córdoba y de la evacuación de aquella hermosa ciudad después de un saqueo vandálico. En la mañana del 18 divisamos un inmenso caserío blanco, que destacaba sobre el verde azul de la lejana tierra infinidad de torres, minaretes, espadañas y cimborrios.

IV

Al fin entramos en la ciudad saqueada, aun llena de mortal espanto. Aun no había sido lavada la sangre que manchaba sus calles, ni sabían exactamente los cordobeses á ciencia cierta el dinero y cantidad de alhajas que les habían robado. Antes que en contar lo que les quedaba pensaron en armarse, y si antes habían ido á la lucha los campesinos, siguiendo á los regimientos provinciales y las milicias urbanas, después del saqueo todas las clases de la sociedad se apercibieron para lo que, más que guerra, era un ciego plan de exterminio, pues no se decía *vamos á la guerra*, sino *á matar franceses*.

Pasaron días. Aguardando la llegada de Castaños para incorporarnos á él, yo hacía una vida vagabunda y holgazana. Como el servicio del joven D. Diego no exigía más que presentarse en la posada á la hora de comer, pasaba el día y parte de la noche discurriendo por aquellas tortuosas calles, que convidan al transeunte á perderse en ellas, entregándose al azar, á lo aventurero, á lo desconocido, sin saber adónde se va ni de dónde se viene... (Un paréntesis para deciros que en mis vueltas y revueltas sentí la sombra, el aliento, el aroma de mi Cuento de Hadas, que en algún escon-

M.C.D.2020

dido repliegue de la morisca ciudad misteriosamente se ocultaba... ¿Lo adiviné, lo presentí, me lo reveló algún súbito roce entre dos hechos, un choque entre una palabra de aquí y otra de allá? No puedo responderme. Creo que hubo de todo, adivinación, indicio, relámpago... Pero he prometido echar la llave al arca del Cuento, y ¡ras!... cierro y sigo.)

Gran inquietud reinaba en Córdoba por la tardanza del ejército de Castaños. Inútil era decir á los impacientes que un ejército no se arma, instruye y equipa en cuatro días: nadie entendía esto. Consolábase la gente devorando la *Gaceta Ministerial de Sevilla*, periódico oficial de la *Junta Suprema*. Arrebatado de mano en mano, el papel llevaba por toda la ciudad sus infantiles embustes; los ávidos lectores echaban á rodar por toda la ciudad enormes bolas que muchos ingerían con candorosas tragaderas.

Ved una muestra: *Madrid, 6 de junio.—El descontento de las tropas enemigas parece general, y corre muy válida la voz de que en Bayona hay insurrección, y de que el Emperador está oculto, añadiendo algunos que herido.*

Y otra: *Toledo, 4.—Dícese que cerca de Gallur los franceses han sido derrotados por Palafox, dejando en el campo de batalla 12.000 muertos y un número infinito de heridos. Los españoles les tomaron 48 cañones y 12 águilas. Aquí se habla de la muerte de José Napoleón.*

Y estotra: *Cádiz, 14.—Corre muy válida la voz de que la Francia está dividida en tres partidos: borbónico, republicano y bonapartista.*

Mientras el vecindario engañaba su fiebre leyendo estas paparruchas, proseguían con ardor los preparativos militares. No creo que existiera nunca delirio semejante. En las guerras actuales las señoras, movidas de sus humanitarios sentimientos, se ocupan en hacer hilas. ¡Ay! entonces las señoras tenían alma para

M.C.D.2020

M.C.D.2020

ocuparse en fundir cañones. ¡Cuando tal era el espíritu de las mujeres, cómo estarían los hombres! ¡Hilas! Allí nadie pensaba en tales morondangas.

¡Dios mío, las fatigas que costó vestir militarmente á los Voluntarios y Cuerpos francos! Todo el mujerío de Córdoba se ocupaba noche y día en galonar marselleses, en adornar sombreros y guarnecer charpas y polainas. Se hicieron muchos uniformes; pero no bastaban para equipar los dos regimientos, uno de caballería y otro de infantería, que organizó la Junta de Córdoba. Sin embargo, este inconveniente se obvió disponiendo que con cada prenda de vestir se vistiesen dos: el uno llevaba los calzones, casaca y sombrero, y el otro el pantalón, chaqueta y gorra de cuartel. El correaje también servía para dos: uno llevaba la bayoneta en la cartuchera y el otro en el portabayoneta, y no alcanzando las cartucheras y cananas, se suplían con saquillos de lienzo. Francamente, niños míos, era aquél un ejército que causaba risa.

Al fin, tras larga espera, el 1.º de julio llegó el ejército del General Castaños, y aquella misma noche salimos de Córdoba, despedidos con fervorosa emoción y loco entusiasmo. Anduvimos toda la noche, y al día siguiente, al salir del Carpio, nos desviamos del camino real de Andalucía, tomando á la derecha en dirección á Bujalance. Oidme ahora, queridos niños, y de mi cuento sacaréis provechosa enseñanza, lo que voy á referiros de la heterogénea y abigarrada confusión de aquella tropa.

Eran base del ejército de Andalucía las tropas del campo de San Roque, mandadas por Castaños, y las que después traería de Granada D. Teodoro Reding. Componíase de lo más selecto de nuestra infantería de línea, con algunos caballos y muy buena artillería, no excediendo su número de trece á catorce mil hombres.

Á esto debemos agregar algunos regimientos provinciales. La cifra exacta de los paisanos alistados espontáneamente ó por disposiciones de las Juntas no puedo decirla, porque no la sé. Muchos eran sin duda, porque la convocatoria llamó á todos los hombres de diez y seis á cuarenta y cinco años, con las solas excepciones que ordinariamente marca la ley. Los únicos rechazados eran los *negros, mulatos, carniceros, verdugos* y *pregoneros*. Con paisanos creó Sevilla cinco batallones y dos regimientos, y otras villas y ciudades mandaron cuerpos de Infantería y Caballería de número irregular. Creció más el ejército con los militares españoles que el Gobierno de Madrid incorporaba á las divisiones de Moncey, de Kedel ó Lefebvre, y que huían de las traidoras filas francesas en cuanto el paso por lugares quebrados ó montuosos les daba ocasión para ello. Entre estos honrados desertores había Guardias de Corps, valones, ingenieros y artilleros.

Pero un poderoso elemento nuevo vino á reforzar el ejército de Andalucía. La Junta de Sevilla había indultado el 15 de mayo á todos los contrabandistas y á los penados que no lo fueran por los delitos de homicidio, alevosía ó lesa majestad humana ó divina, y esto trajo una partida, que si no era la mejor tropa del mundo por sus costumbres, en cambio no temía combatir, y fuertemente disciplinada, dió al ejército excelentes soldados. Resultaba, pues, un inmenso amasijo, la flor y la escoria de la Nación: cuerpos reglamentados españoles, con algunos valones y suizos; regimientos de línea, que eran la flor de la tropa española; regimientos provinciales, que ignoraban la guerra, pero que se disponían á aprenderla; honrados paisanos, en su mayor parte muy duchos en el arte de la caza y excelentes tiradores; y por último, contrabandistas, vagabundos de la sierra, holgazanes convertidos en

M.C.D.2020

guerreros al calor de aquel fuego patriótico que inflamaba el país; perdidos y merodeadores, que ponían al servicio de la causa nacional sus malas artes; lo bueno y lo malo, lo noble y lo innoble que el país tenía, desde

su general más hábil hasta el último pelaire del Potro de Córdoba, paisano y colega de los que mantearon á Sancho. Removido el seno de la Patria, echó fuera cuanto habían engendrado los gloriosos y los degenerados siglos, y no alcanzando á defenderse con un solo brazo, luchó con el derecho y el izquierdo.

V

Nuestra marcha por Cañete de las Torres en dirección del Río Salado fué un paseo triunfal, mejor dicho, casi no parecía que marchábamos, porque la gente de los pueblos, mujeres, ancianos y chicuelos, nos seguían

M.C.D.2020

á un lado y otro del camino, improvisando fiestas y bailes en todas las paradas.

En Porcuna se nos unieron las tropas de Reding. Celebraron consejo los Generales para distribuir las divisiones y tomar la ofensiva inmediatamente. Aquel día, que fué, si no recuerdo mal, el 12 ó el 13 de julio, vi por primera vez al General Castaños, cuando nos pasó revista. Parecía tener cincuenta años, y por cierto que me causó sorpresa su rostro, pues yo me le figuraba con semblante fiero y ceñudo, según á mi entender debía tenerlo todo general en jefe puesto al frente de tan valientes tropas. Muy al contrario, la cara del General Castaños no causaba espanto á nadie, aunque sí respeto, pues los chascarrillos y las ingeniosas ocurrencias que le eran propias las guardaba para las intimidades de su tienda. Montaba airosamente á caballo, y en sus modales y apostura había la gracia cortés y urbana que tan común ha sido en nuestros Césares y Pompeyos. Antes de inmortalizar su nombre fué un excelente militar. Hizo su carrera con rapidez grande, si no desusada en aquellos tiempos. Á los doce años de edad obtuvo el mando de una compañía; á los veintiocho le hicieron teniente coronel y á los treinta y tres coronel. En 1794, y cuando contaba treinta ocho años y poseía la faja de Mariscal de campo, estuvo en la campaña del Rosellón á las órdenes del General Caro, y allí le hirieron gravemente en el lado izquierdo del cuello. Cuentan que la ligera inclinación de su cabeza hacia aquel lado provenía de tal herida.

Ved aquí la distribución que nos dieron: la primera división la mandaba Reding, la segunda Coupigny y la tercera Jones; la reserva estaba á las órdenes de D. Juan de la Peña; y mandaban destacamentos sueltos, de mil hombres poco más ó menos, en calidad de tropas volantes para mortificar al enemigo, D. Juan de la

M.C.D.2020

Cruz, el Marqués de Valdecañas y D. Pedro Echevarri. Trescientos escopeteros, que habían salido Dios sabe de dónde, eran capitaneados por el guerrillero presbítero D. Ramón de Argote.

Á caballo éramos tres mil, fuerza no muy grande si se considera que íbamos á operar en país entrellano y contra jinetes muy aguerridos; pero, en cambio, nuestra artillería era de primer orden. Teníamos veinticuatro piezas, servidas por el Real Cuerpo, con lo más florido de aquella oficialidad á quien estaba reservada la mayor gloria de la guerra, desde el 2 de mayo hasta la batalla de Vitoria.

Nos extendíamos por la izquierda del Guadalquivir, ocupando los pueblos de Porcuna y Lopera; y alargando una de nuestras alas por el camino de Arjonilla, observábamos la orilla derecha, mientras la otra ala se extendía hacia Higuera de Arjona buscando á Menjíbar. Ocupaba el francés á Andújar con las fuerzas que primitivamente trajo á la tierra andaluza, y que habían vencido en el puente de Alcolea y saqueado á Córdoba. La división de Vedel, fuerte de diez mil hombres, hallábase en Bailén, y la pequeña división de Ligier-Belair, el mismo General que vimos batirse con los vecinos de Valdepeñas en los primeros días de junio, estaba en Menjíbar guardando el paso del río. *Andújar, Bailén, Menjíbar.* Conservad en la memoria este triángulo para que comprendáis bien los movimientos de ambos ejércitos.

La primera división recibió orden de ponerse en marcha, mientras Castaños con la tercera y la reserva se dirigía hacia el puente de Marmolejo para pasarlo y atacar á Dupont en Andújar. Ya he dicho que mandaba D. Teodoro Reding la primera división: lo que aun no ha sido escrito por la Historia ni dicho por mí, es que yo formaba parte de ella, porque toda la caballería

voluntaria fué incorporada á los batallones del ejército, que apenas contaban con la mitad del contingente. Á mi amo D. Diego y á los que le seguíamos nos tocó formar en las filas del regimiento de Farnesio.

El 13 emprendimos la marcha hacia Menjíbar. No llegábamos á seis mil, pero éramos buena gente, aunque me esté mal el decirlo. El regimiento de Guardias valonas, los suizos, el de la Corona, el de Irlanda, el de Jaén, los granaderos provinciales, los fusileros de Carmona, la caballería de Farnesio y las seis bocas de fuego que mandaba D. Antonio de la Cruz, eran fuerzas respetables, orgullosas de sí mismas. Teníamos por General á un hombre impetuoso, de más arrojo que prudencia; buen táctico, incansable en las marchas. Nuestro jefe de Estado Mayor, D. Francisco Javier Abadía, era un militar muy entendido, quizás de los mejores que entonces tenía el ejército español, y el coronel puesto al frente de la artillería pasaba por un oficial de mucho entendimiento. Nosotros le llamábamos el sainetero, por ser hijo de D. Ramón de la Cruz.

En Menjibar, nuestro General se puso en comunicación con Coupigny (que estaba al otro lado del Guadalquivir, en Villanueva de la Reina) para conocer las posiciones de los franceses. Al anochecer se nos ordenó marchar río arriba, lo cual no comprendimos hasta que se nos dijo que íbamos buscando el vado del Rincón para pasar al otro lado. Antes de amanecer sentimos algunos tiros y dióseños orden de hacer el menor ruido posible y de no encender lumbre. Entramos al fin en el río, cuyo frescor agradecieron mucho nuestros cuerpos, secos é irritados por el calor y el polvo, y algún tiempo después, cuando comenzaban á iluminar el horizonte los primeros vislumbres de la aurora, ya éramos dueños de la orilla derecha. El Mayor General Abadía, que había dirigido el paso, nos

M.C.D.2020

mandó replegarnos á un sitio bajo, donde casi toda la fuerza podía permanecer oculta, y allí aguardamos más de media hora.

Habíamos tomado tan al pie de la letra la orden de no hacer ruido, que avanzamos despacio y silenciosamente con el alma en suspenso, los ojos atentamente fijos en el último término del terreno hacia la izquierda, punto donde se había trabado la acción. Vimos al fin á los franceses en un campo bajo, salpicado de espesos matorrales.

En una loma, y como á dos tiros de fusil de aquel sitio, brillaba inmóvil é imponente algo que desde el primer momento atrajo nuestras miradas, infundiéndonos recelo. Era un escuadrón de coraceros, la mejor caballería del ejército de Dupont. Todos los jinetes contemplamos el resplandor de las bruñidas corazas, en cuyos petos el sol naciente producía plateados reflejos; y después de mirar aquello sin decir nada, nos miramos unos á otros, como si nos contáramos. Ni una voz se oía en nuestras filas; á todos se nos había cambiado el color, y temblábamos, aunque cada cual hiciera esfuerzos por disimularlo.

El combate principió en guerrillas. Mas casi toda la tropa española se mantenía en reserva, esperando á saber fijamente si los franceses ocultaban una gran fuerza en la carretera de Bailén. Mientras el frente español aumentaba sus tiros, resistiendo á las guerrillas francesas, que al abrigo de sus posiciones medio atrincheradas hacían fuego mortífero, la artillería continuaba á retaguardia, y la caballería, asimismo fuera de acción, recibió orden de ocupar un cerro á mano derecha. Fijos allí, no quitábamos los ojos de la tremenda fila de corazas que resplandecían en la loma de enfrente, quietas y confiadas en su valor y pesadumbre. Aquella fuerza era muy superior á la nuestra por

su organización y marcialidad; pero nosotros teníamos sobre ella, además de la ventaja numérica, que no era de gran valor, dada nuestra impericia, la siguiente ventaja moral: puestos ellos en la vertiente anterior de una loma, todo su poder y su número se presentaban á nuestra vista; no había más coraceros que aquéllos, y podíamos contarlos uno por uno. Nosotros, en cambio, estábamos sabiamente colocados por el Mayor General en otra altura parecida; pero sólo una quinta parte del regimiento ocupaba la parte culminante de la loma, mientras que todo lo demás se extendía en la vertiente posterior, permaneciendo oculto á la vista del enemigo, de modo que si nosotros les contábamos perfectamente á ellos, los franceses, engañados por la apariencia, se reirían de los cuarenta jinetes sin uniforme, enseñoreados del cerro con aire de perdonavidas.

Nuestras filias habían desalojado á los franceses de sus posiciones. Los vimos replegarse en desorden, y entonces cesó la inmovilidad de los coraceros. Los resplandecientes petos despedían reflejos múltiples, y ordenadamente descendieron de la colina en perfecta fila. Relincharon sus caballos, y los nuestros relincharon también, aceptando el reto. Pero entonces ocurrió uno de esos cambios de escena tan frecuentes en la guerra, y cuyo artificio, si cae en buenas manos, basta á decidir la victoria. Arrojadas nuestras filas sobre las guerrillas enemigas, clareado el terreno y puestas en juego algunas piezas de artillería, vióse que los franceses vacilaban, agrupándose y retrocediendo como si buscaran nuevas posiciones. Se nos dió orden de avanzar bajando, y una vez en llano, convertimos sobre nuestro flanco, para formar un largo frente de batalla. La infantería francesa estaba delante de nosotros, resguardada por sus coraceros; pero éstos, observando nuestro movimiento y reconociendo al instante su in-

M.C.D.2020

dudable inferioridad, invadieron precipitadamente la carretera. La retirada era cierta. Se nos formó en columnas, dándonos orden de cargar, y el regimiento se puso rápidamente al galope. Parecía que la misma tierra, sacudiéndose bajo las herraduras de nuestros caballos, hacia adelante nos lanzaba. Á nuestros primeros pasos tras un ideal de gloria, acompañaron voces de guerra mezcladas con piadosas invocaciones.

« ¡Madre nuestra, Santa Virgen de Araceli, ven con nosotros! ¡Viva España! »

Ya nadie pensaba en tener miedo; muy lejos de esto, todos los de mi fila rabiábamos por no estar en las de vanguardia, en aquellas filas dichosas que acometían á sablazos á los franceses de á pie, ya pronunciados en completa dispersión. Su caballería picó espuelas por el camino de Bailén.

Habíamos vencido. Nuestro entusiasmo y ufanía se desbordaron en exclamaciones delirantes. Y no fué aquélla la última victoria de aquel día, porque cuando avanzábamos por la carretera de Bailén, se nos aparecieron de nuevo los franceses, reforzados por un destacamento que venía de Linares. Nuevamente les pusimos en fuga, haciéndoles, además, el flaco servicio de matarles al General Gobert, que de sus graves heridas murió pocas horas después en Guarromán... No quiso Reding, sin orden de Castaños, llevarnos adelante por aquel día, y volvimos á nuestro campo de la orilla izquierda, repasando el río. De satisfacción no cabíamos en nuestro pellejo. Era el 16 de julio, festividad del Carmen y aniversario de la batalla de las Navas de Tolosa, ganada contra los moros por castellanos, aragoneses y navarros. Con gritos de ardiente júbilo asociábamos la Historia antigua á la que nosotros traíamos entre manos. « ¡Viva Alfonso VIII, viva Reding! ¡Viva Castaños, viva la Virgen del Carmen! »

M.C.D.2020

VI

Se nos acampó en un alto á espaldas de Menjíbar, y supimos con gusto que aquella noche no haríamos movimiento alguno. Nuestro gozo, como nuestra fatiga, necesitaba descanso; necesitábamos dar desahogo al efervescente júbilo refiriendo cuanto cada uno hizo y cuanto dejó de hacer para que la batalla fuese completamente ganada. Creíamos haber asistido á la más grande y gloriosa acción de los modernos tiempos; mirábamos con desdén á los que quedaron de reserva, y al contarles lo que pasó, hacíamos subir á cifras fabulosas el número de franceses segados por nuestros cortadores sables en la refriega.

Largas horas pasamos sobre el campo saboreando los deliciosos recuerdos de tanta gloria, que como dejos de un manjar muy rico nos renovaban el placer del vencimiento. La noche era como de verano y como de Andalucía, serena, caliente, con un cielo inmenso y una atmósfera clara, donde algo sonoro fluctúa, cuya forma visible buscamos en vano en derredor nuestro. Tendidos sobre la caldeada tierra á orillas del río, cuyas frescas emanaciones aspirábamos con anhelo, en-

M.C.D.2020

tretenïamos las horas hablando, cantando ó haciendo eruditas disertaciones sobre la campaña tan felizmente emprendida. Barajas y guitarras salieron no sé de dónde. En un grupo se jugaba á las cartas, en otro algunos cantaores echaban al vuelo las románticas endechas de la tierra. Tal era el estado de nuestras almas, que las más quejumbrosas nos parecían triunfales himnos.

Al siguiente día hicimos un movimiento por la orilla izquierda, río arriba, hasta un punto mucho más alto que Menjíbar. Después, parte del ejército se entretuvo en marchas incomprensibles, y nos encontramos de nuevo en Menjíbar al anochecer del 18, punto al cual había llegado horas antes la división del Marqués de Coupigny. Reunidos ambos ejércitos, emprendimos la marcha hacia Bailén. Éramos catorce mil hombres. Todo anunciaba que íbamos á tener un encuentro formal con el ejército francés.

Mientras llegaba el momento inicial del drama, lejos de nosotros y en los flancos del ejército imperial mil dramáticas peripecias encolerizaban al enemigo. Las columnas de guerrilleros, mandadas por D. Juan de la Cruz, el Conde de Valdecañas y el clérigo Argote, se habían desparramado como enjambre mortífero por los pueblos y caseríos que dominaban el Cuartel General francés en las primeras estribaciones de la sierra, al Norte de Andújar. De tal modo perseguían aquellos ardorosos paisanos á los franceses, y con tanta rapidez se dispersaban para evitar ser atacados, que á los invasores les era de todo punto imposible estar tranquilos un solo momento. El poderoso gigante sacudía de una manotada aquellos moscones venenosos; pero éstos volvían á zumbar en derredor suyo, le molestaban con sus terribles picaduras, y huían incólumes sin temer la espada ni el cañón, pues estas armas no se han hecho para mosquitos.

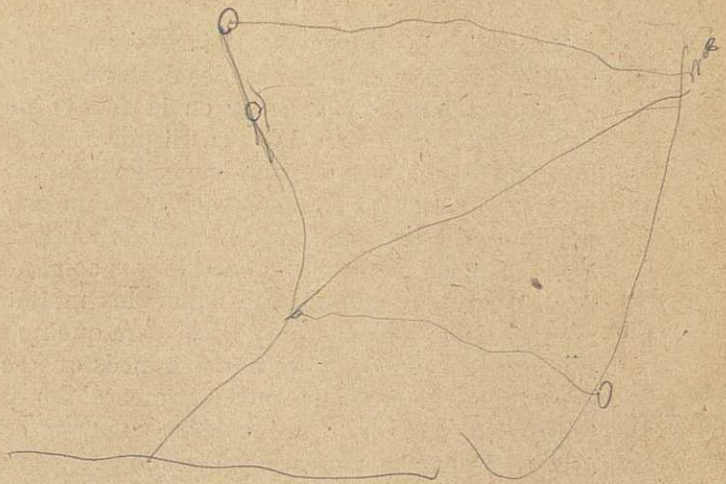
M.C.D.2020

M.C.D.2020

No podían los franceses apartarse de su Cuartel General como no fuera en grandes destacamentos. Iban doscientos hombres á llenar en la fuente próxima unas cuantas alcarrazas de agua. Si por acaso salían á merodear pelotones de poca fuerza, eran despachados por los guerrilleros en menos que canta un gallo. Antes que consentir que se apoderasen de una panera, la quemaban; las fuentes eran enturbiadas con lodo y estiércol para que no pudieran beber; los molinos desmontados y enterradas sus piedras para que no molieran un solo grano. ¡Ay de aquel francés que se rezagara en las marchas de su destacamento! Sentíase de improviso asido por mil coléricas manos; sentíase arrastrado por las mujeres, pellizcado por los chicos y acuchillado por los hombres, hasta que su existencia se apagaba con horrible choque en la fría profundidad de un pozo.

Cuando entramos en Bailén, ya muy avanzada la noche, nos sorprendió no ver ninguna fuerza francesa á la entrada del pueblo para disputarnos el paso. Por los vecinos que salieron á recibirnos supimos que la división Vedel había pasado por allí al anochecer en dirección á la Carolina. Nuestro General determinó salir sin demora para Andújar; pero aun tuvimos tiempo de llegarnos á la casa de nuestro D. Diego, donde la Condesa y las niñas, con el afable preceptor, nos recibieron y agasajaron cumplidamente. En aquel breve y placentero respiro hubimos de apreciar la bondad de la señora y la simplicidad del Condesito, que no tuvo discreción bastante para ocultar á su madre las mil chabacanas sandeces y majaderías picarescas que aprendió en la desenfadada sociedad del campamento. Diónos la señora pan, algunas libras de chocolate y un repleto zaque de buen vino que habían podido salvar de la rapacidad francesa en aquellos días. Y

M.C.D.2020



no hubo tiempo para más. Cornetas y tambores nos llamaron con clamor á un tiempo cariñoso y guerrero. ¡Adiós, adiós! Salimos á escape en requerimiento de nuestras cabalgaduras. Apuntaba el alba risueña y amorosa cuando las columnas de vanguardia comenzaron á salir del pueblo. Era el 19 de julio.

Mi regimiento debía salir de los últimos, y mientras se pusieron en movimiento la artillería y los cuerpos de á pie, estuvimos más de media hora formados á la salida del pueblo, á mano derecha del camino. Íbamos á Andújar, resueltos á tomar la ofensiva contra el ejército francés, que al mismo tiempo debía ser atacado por Castaños, del lado de Marmolejo. ¿Y la división de Vedel, cuyos movimientos eran la clave de aquel problema estratégico? Á propósito de esto, sabréis que en aquel día memorable extremó sus iniciativas la Providencia, determinando en tiempo y espacio las más extrañas combinaciones, y dando lugar á equívocos que habían de alterar los planes de unos y otros. Después de la acción de Menjíbar, en que derrotamos á los franceses, matándoles al General Gobert, se les metió en la cabeza á nuestros enemigos la idea de que los *insurgentes* (así nos llamaban en sus despachos oficiales) no aceptaríamos batalla en campo abierto, recogiendo [illegible] la superioridad táctica de las fuerzas del Imperio. Los pobres *insurgentes* se limitarían, según la presunción de los ensoberbecidos franceses, á cubrir los pasos de la sierra para impedir la retirada de Dupont y Vedel, harto molestados y descorazonados en un país furiosamente hostil, donde las águilas no podían volar y morían de hambre y de sed.

¿Qué resultó? Que mientras nosotros, en la noche del 18 al 19 determinábamos tomar la ofensiva y atacar á Dupont en Andújar, el bueno de Vedel se había corrido hacia los pueblos de la sierra, creyendo que

íbamos hacia allá. Y con [illegible] rodeo Dupont salía callandito de Andújar con toda su fuerza y su largo y pesado convoy, desfilando por la carretera con ánimo de ocupar La Carolina. Y cuando asomó la aurora del 19 en el andaluz horizonte, ni Dupont sospechaba que había de encontrarnos en el camino, ni nosotros, los incautos *insurgentes*, teníamos la menor idea de que estábamos á punto de tropezar de manos á boca con las altaneras águilas... Ya iba andando la vanguardia y centro, ya los de retaguardia, en las puertas de Bailén, requeríamos nuestras cabalgaduras, cuando... ¡Virgen del Carmen!, oimos un tiro, en seguida otro y otro... ¿Qué pasaba?

VII

Silencio en las filas. Detuviéronse los cuerpos que ya iban en marcha, y desde el primero al último soldado prestamos atención al tiroteo, que sonaba delante de nosotros á la derecha del camino y á bastante distancia. Corrieron por las filas versiones contradictorias. Yo me alzaba sobre los estribos, procurando distinguir algo.

Sonó nuevamente el tiroteo, más vivo aún, y más cercano, y en la vanguardia se operaron varios movimientos cuyas oscilaciones llegaron hasta nosotros. Sin duda algo grave ocurría; el ejército todo se estremeció desde su cabeza hasta su cola. Largo rato permanecimos en la mayor ansiedad, pidiéndonos unos á otros noticias... Por último, un oficial que á escape venía del Estado Mayor, nos sacó de dudas, confirmando lo que en todo el ejército no era más que halagüeña sospecha. ¡Los franceses, los franceses venían á nuestro encuentro! Teníamos enfrente á Dupont con todo su ejército, cuyas avanzadas principiaban á esca-

M.C.D.2020

ramucear con las nuestras. Cuando nosotros nos preparábamos á salir para buscarle en Andújar, llegaba él á Bailén de paso para La Carolina, donde creía encontrarnos. Todos pusimos atento el oído, y al fin nos reconocimos, sin vernos, porque el corazón á unos y otros nos dijo: «Ahí están.»

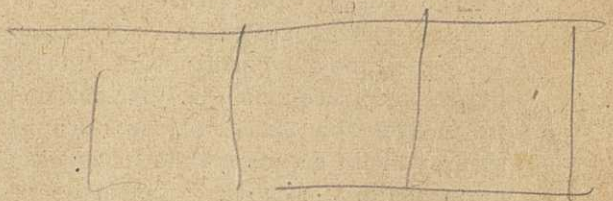
Los generales empezaron á señalar posiciones. Todas las tropas que aun permanecían en la entrada del pueblo se pusieron en marcha. Corrimos un rato por terreno de ligera pendiente; bajamos después, volvimos á subir, y al fin se nos mandó hacer alto. Sentimos camino abajo, y como á distancia de tres cuartos de legua, más vivo fuego, que cesó al poco rato, reproduciéndose después á mayor distancia. Las avanzadas francesas retrocedían y Dupont tomaba posiciones.

No veíamos nada, á no ser vagas formas del suelo á lo lejos; las manchas de olivos nos parecían gigantes, y las lomas de los cerros el perfil de un gigantesco convoy. Un accidente noté que prestaba extraña tristeza á la situación: era el canto de los gallos que á lo lejos se oían anunciando el día y llamando á los hombres á la guerra.

De repente una granada visitó con estruendo nuestro campo, reventando hacia la izquierda, por donde estaban los generales. Era como un saludo de cortesanía entre dos guerreros que van á matarse, un tanteo de fuerzas, una bravata echada al aire para explorar el ánimo del contrario. Nuestra artillería, poco amiga de fanfarronadas, calló. Sin embargo, los franceses, ansiando tomar la ofensiva con ánimo de aterrarnos, acometieron á una columna de la vanguardia que se destacaba para ocupar una altura.

La claridad del naciente día nos permitió apreciar todo el campo. El centro de la fuerza española ocupaba la carretera con la espalda hacia Bailén, de allí poco

M.C.D.2020



M.C.D.2020

distante; á la derecha del camino por nuestra parte se alzaban pequeñas lomas, que á lo lejos subían lentamente hasta confundirse con los primeros estribos de la Sierra; á la izquierda también había un cerro; pero éste caía después en la margen del río Guadiel, casi seco en verano, y que desemboca en el Guadalquivir cerca de Espeluy. Teníamos á un lado y otro del camino poderosa batería de cañones, apoyada por considerables fuerzas de infantería; á la izquierda estaba Coupigny con los regimientos de *Bajalance, Ciudad Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores* y la caballería de *España;* á la derecha estábamos, además de la caballería de *Farnesio,* los tercios de *Tejas,* los *Suizos,* los *Valones,* el regimiento de *Órdenes,* el de *Jaén, Irlanda* y voluntarios de *Utrera.* Mandábanos el Brigadier don Pedro Grimarest. Los franceses ocupaban la carretera por la dirección de Andújar, y tenían su principal punto de apoyo en un espeso olivar situado frente á nuestra derecha; por consiguiente, servía de resguardo á su ala izquierda. Asimismo ocupaban los cerros del lado opuesto con numerosa infantería y un regimiento de coraceros, y á su espalda tenían el arroyo de Herrumblar, también seco en verano, que habían pasado. Tal era la situación de los dos ejércitos cuando la primera luz nos permitió vernos las caras. Creo que unos á otros nos vimos recíprocamente muy feos.

«¿Sabéis lo que me ordenó mi señora madre que hiciera al comenzar la batalla?—nos dijo nuestro amo don Diego. —Pues que rezara un Avemaría con toda devoción. Ha llegado el momento. *Dios te salve, María...*», etc.

El mayorazguito continuó en voz baja el Avemaría que había empezado en alta voz, y todos los de la fila, amparando nuestro apego á la vida con un pensa-

miento religioso, nos descubrimos y mascullamos la respuesta: *Santa María...*

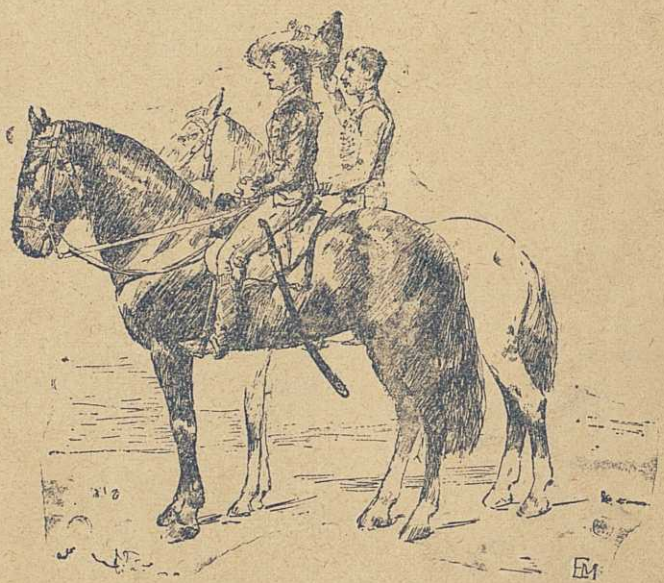
Aun resonaba en el aire la fervorosa invocación, cuando un estruendo formidable retumbó en las avanzadas de ambos ejércitos. Las columnas francesas del ala derecha se desplegaron en línea y rompieron el fuego contra nuestra izquierda.

Tras las primeras descargas de las líneas francesas, éstas se replegaron, y avanzando la Artillería disparó varios tiros á bala rasa. Ponían ellos en ejecución su táctica propia, consistente en atacar con mucha energía sobre el punto que juzgaban más débil, para desconcertar al enemigo desde los primeros momentos. Algo de esto lograron al principio; pero nosotros teníamos excelente Artillería, y disparando también con bala rasa las seis piezas colocadas en la carretera y á sus flancos, el centro francés se resintió al instante, y para reforzarlo tuvo que replegar su ala derecha, produciendo esto un pequeño avance de la división de Coupigny. Entretanto, las columnas ocultas entre los árboles salieron y se desplegaron, arrojando un diluvio de balas sobre el frente del ala derecha. Desde entonces el fuego, corriéndose de un extremo á otro, se hizo general en el frente de ambos ejércitos. La Caballería, brazo de los momentos terribles, permanecía detrás, quieta y relinchante, conteniéndose con sus propias riendas.

Atacada nuestra izquierda por los franceses con valentía pasmosa, nuestros batallones de línea retrocedieron un momento. Creyérase que abandonaban su posición al enemigo; pero bien pronto se rehicieron, tomando la ofensiva al amparo de dos bocas de fuego y de la Caballería de España, que cargó á los franceses por el flanco. Vacilaron un tanto los imperiales de aquella ala, y gran parte de las fuerzas que habían

M.C.D.2020

salido del olivar se transportaron al otro lado. Su Artillería hizo grandes estragos en nuestra gente; mas con tanta intrepidez se lanzó ésta sobre las lomas que ocupaba el enemigo entre el camino y el río Guadiel; con tanta bravura y desprecio de la vida afrontaron los



soldados de línea la mortífera bala rasa y las cargas de la Caballería del General Privé, que llegaron á dominar tan fuerte posición.

Mientras esto pasaba, los de la derecha se sostenían á la defensiva, y el centro cañoneaba para mantener en respeto al enemigo, porque casi gran parte de su fuerza había acudido á la izquierda; pero una vez que se oyeron los gritos de júbilo de los soldados de ésta, posesionados de la altura antes en poder de los franceses, y cuando se vió á éstos aglomerarse sobre su

centro, dióse orden de avance á las seis piezas del nuestro, y por un instante el pánico y desorden del enemigo fueron extraordinarios. Para concertarse de nuevo y formar otra vez sus columnas, tuvieron que retroceder al otro lado del puente del Herrumblar. Viéndoles en mal estado, se trató de lanzar toda la Caballería en su persecución; pero varias de sus piezas, desmontadas por nuestras balas, obstruían el camino, también entorpecido con los espaldones que habían empezado á formar. Hasta entonces sólo habíamos sido atacados por una parte de las fuerzas enemigas, pues la división de Barbou, algo rezagada, no estaba aún en el campo francés.

Los franceses no tardaron en intentar la adquisición del puente perdido. Su primer ataque fué débil; el segundo violentísimo. Oí contar, en la tarde de aquel mismo día, á un soldado de los tiradores de Utrera, presente en aquel lance, que los franceses, en su mayor parte militares viejos, cargaron á la bayoneta con furia sublime, que producía en los nuestros, además del desastre físico, una gran inferioridad moral. Me dijo que se espantaron, que en un momento viéronse pequeños, mientras que los franceses se agrandaban, presentándose como una falange de millones de hombres; que los vivas al Emperador y los gritos de cólera eran tan furiosamente pronunciados, que parecían matar también por el solo efecto del sonido; y que, últimamente, sintiendo los de acá desfallecer su entusiasmo, y al mismo tiempo un repentino, invencible cariño á la vida, abandonaron aquel puente mezquino, ardientemente disputado por dos naciones, y que al fin quedó por Francia. El efecto moral de esta pérdida fué muy notable entre nosotros. Advirtióse claramente en todo el ejército como un estremecimiento de inquietud que, partiendo de aquel gran corazón com-

puesto de diez y ocho mil corazones, se transmitía al tembloroso fusil, asido por la indecisa mano.

La pérdida del puente sobre el Herrumblar motivó un cambio de nuestras posiciones. Los generales conocían la inminencia de un ataque terrible, los soldados viejos la preveían, los bisoños la sospechábamos, y nuestros caballos, reculando y estrechándose unos contra otros, olían en el espacio, digámoslo así, la proximidad de una gran carnicería.

Eran las seis de la mañana, y el calor principiaba á dejarse sentir con mucha fuerza. Sentíamos ya en las espaldas aquel fuego que más tarde había de hacernos el efecto de tener por medula espinal una barra de metal fundido. No habíamos probado cosa alguna desde la noche anterior, y una parte del ejército ni aun en la noche anterior había comido nada. Pero este malestar era insignificante comparado con otro que desde la mañana principió á atormentarnos: la sed, que todo lo destruye, alma y cuerpo, infundiendo una rabia inútil para la guerra, porque no se sacia matando. En verdad que de Bailén salían en bandadas multitud de mujeres con cántaros de agua para refrescarnos; pero de este socorro apenas podía participar una pequeña parte de la tropa, porque los que estaban en el frente no tenían tiempo para ello.

VIII

Conociendo Dupont que nuestro centro y nuestra izquierda eran inexpugnables por entonces, determinó atacar nuestra ala derecha, esperando abrir en ella un boquete que les diera paso hacia Bailén. Su Artillería no cesaba de arrojar bala rasa, protegiendo la formación de las poderosas columnas que bien pronto de-

M.C.D.2020

bían hostilizarnos. Al punto desplegamos en línea varios batallones, y sin esperar el ataque marcharon hacia el enemigo, amparados por dos piezas de Artillería. El primer momento nos fué favorable. Pero el olivar vomitó gente y más gente sobre nuestra Infantería. Por un instante, confundidas ambas líneas en densa nube de polvo y humo, no se podía saber cuál llevaba ventaja. Caían los nuestros sobre los imperiales, y la metralla enemiga les hacía retroceder; avanzaban ellos, y adquiríamos á nuestra vez momentánea superioridad.

Por largo tiempo duró este combate, tanto más cruel cuanto era más proporcionado el empuje de una y otra parte, hasta que al fin observamos síntomas de confusión en nuestras filas: vimos que se quebraban aquellas compactas líneas que retrocedían sin orden, que chocaban unos con otros los grupos de soldados. Gritaban los jefes hasta quedarse sin voz, y todos se ponían á la cabeza de las columnas, conteniendo á los que flaqueaban y excitando con ardorosas palabras á los más valientes. El regimiento de *Órdenes*, uno de los más bravos del Ejército, se arrojó sobre el enemigo con una impavidez que á todos nos dejó maravillados. Su coronel, D. Francisco de Paula Soler, parecía dar fuego á todos los fusiles con la arrebatadora llama de sus ojos; con el gesto de su mano derecha empuñando la espada, que parecía un rayo; con sus gritos, que sobresalían entre el granizado tiroteo, sublimando á los soldados.

De tal modo arreciaron la metralla y la fusilería enemiga, que casi toda la primera fila del valiente regimiento de *Órdenes* cayó, cual si una gigantesca hoz la segara. Pero sobre los cuerpos palpitantes de la primera fila pasó la segunda, continuando el fuego. Como si los tiros franceses persiguieran con inteligente saña

M.C.D.2020

las charreteras, el regimiento vió desaparecer á muchos de sus oficiales.

Reforzáronse también los enemigos, y desplegando nueva línea con gente de reserva, avanzaron á la bayoneta, pujantes, aterradores, irresistibles. ¡Momento de incomparable horror! Figurábaseme ver á dos monstruos que se baten, mordiéndose con rabia, igualmente fuertes, y que hallan en sus heridas, en vez de cansancio y muerte, nueva cólera para seguir luchando.

Cuando las bayonetas se cruzaban, el campo ocupado por nuestra Infantería se clareó á trozos; sentimos el crujido de poderosas cureñas, rebotando en el suelo de hoyo en hoyo al arrastre de las mulas, castigadas sin piedad; los cañones de á 12 enfilaron el eje de sus ánimas hacia las líneas enemigas; los botes de metralla penetraron en el bronce; se atacaron con prontitud febril, y un diluvio de puntas de hierro, hendiendo horizontalmente el aire, contuvo la marcha del frente francés. Á un disparo sucedía otro: la Infantería, rehecha, flanqueaba los cañones; y para completar el acto de desesperación, un grito resonó en nuestro regimiento. Todos los caballos patalearon, expresando en su ignoto lenguaje que comprendían la sublimidad del momento; apretamos con fuerte puño los sables, y medimos la tierra que se extendía delante de nosotros. La Caballería iba á cargar.

Vimos que á todo escape se nos acercó un General, seguido de gran número de oficiales. Era el Marqués de Coupigny, alto, fuerte, rubio, colorado de suyo, y en aquella ocasión encendido, como si toda su cara despidiera fuego. Era Coupigny hombre de pocas palabras; pero suplía su escasez oratoria con la llama de su mirar, que era por sí una proclama. Pusimos atención, esperando que nos dijera alguna cosa; pero el

M.C.D.2020

General dispuso con un gesto la dirección del movimiento, y después nos miró. No necesitamos más.

«¡Viva España! ¡Viva el Rey Fernando! ¡Mueran los franceses!» – exclamamos todos; y el escuadrón se puso en movimiento.

Estábamos formados en columna, y nos desplegamos en batalla sobre los costados, bajando de las alturas á buen paso, pero sin precipitación. Maniobramos luego para tener á nuestro frente el flanco enemigo; las tropas que por allí atacaban dicho flanco doblaron por cuartas para darnos paso por los claros; el jefe gritó: «¡Á la carga!»; picamos espuela, y ciegamente caímos sobre el enemigo como avalancha. Yo, lo mismo que D. Diego y los demás de la partida, íbamos en la segunda fila. Penetraron impetuosamente los de la primera, acuchillando sin piedad; los caballos bramaban de furor, sintiéndose heridos á fuego y á hierro. Algunos caían, dejando morir á sus jinetes, y otros se arrojaban con más fuerza, destrozando cuanto hallaban bajo sus poderosos cascos. Los de la primera fila hicieron gran destrozo; pero los de la segunda nos costó más trabajo, porque, avanzando demasiado los delanteros, quedamos envueltos por la Infantería, lo cual atenuaba un poco nuestra superioridad. Sin embargo, destrozábamos pechos y cráneos sin piedad.

Á pesar de esto, no retrocedían delante de nosotros. Ya se sabe que siendo el objeto de la Caballería producir un gran sacudimiento y pavor en las filas enemigas por la violencia del primer choque, cuando éste no da el resultado apetecido, y se empeñan combates parciales entre los caballos y una numerosa Infantería, los primeros corren gran riesgo de desaparecer, brutales masas, devoradas en aquel hervidero de agilidad y destreza. Hubo un momento en que me vi próximo á la muerte. Á mi lado no había más que dos

ó tres jinetes, que se hallaban en trance tan apurado como yo; nos miramos, y comprendiendo que era preciso hacer un supremo esfuerzo, arremetimos á sablazos con bastante fortuna. Con esto y el pronto auxilio de la carga hecha en el mismo instante por la Caballería de *España*, salimos del apuro. Revolviendo atrás hundí las espuelas, y mi caballo se puso de un salto en la nueva fila. No vi á mi lado más cara conocida que la de Marijuán. El Conde y los demás de la legión habian desaparecido.

En el mismo instante mi caballo flaqueó de sus cuartos traseros. Intenté hacerle avanzar, clavándole impíamente las espuelas; el noble animal, comprendiendo sin duda la inmensidad de su deber y tratando de sobreponerlo á la agudeza de su dolor, dió algunos botes; pero cayó al fin escarbando la tierra con furia.

IX

Viéndome desmontado, me dirigí á buscar un puesto entre las escoltas de la Artillería ó en el servicio de municiones, que se hacía precipitadamente por los tambores entre los carros y las piezas. Al dar los primeros pasos advertí el extraordinario decaimiento de mis fuerzas físicas: no podía tenerme en pie, y el ardor de mi sangre, llegado á su último extremo, me paralizaba cual si estuviese enfermo. No es propio decir que hacía calor, porque esta frase, común al verano de todos los países europeos, es inexpresiva para indicar la espantosa inflamación de aquella atmósfera de Andalucía en el día infernal que presenció la batalla de Bailén.

Cuando me encontré á pie y á regular distancia del combate empecé á sentir vivamente y de un modo irresistible el aguijón candente de la sed que horadaba

M.C.D.2020

mi lengua y la corriente de fuego que envolvía mi cuerpo. Esto me daba tal desesperación, que de prolongarse mucho hubiérame impelido á beber la sangre de mis propias venas.

Por un rato perdí toda la exaltación guerrera y el furor patriótico que antes me dominaban, para no pensar más que en la probabilidad de beber, previendo las delicias de un sorbo de agua, y anhelando apagar aquellas ascuas pegajosas que en mi boca revolvía. Vi con alegría que desde el pueblo venían corriendo algunos hombres con cubos; pero al punto se nos dijo que aquella agua no era para nosotros: era para otros sedientos, cuyas bocas necesitaban refrescarse antes que las nuestras si el combate había de tener buen éxito: era para los cañones.

La resistencia enérgica de las dos piezas del ala derecha, combinadas con las seis de la batería central, y el auxilio de la Caballería atacando por el flanco la línea enemiga, hizo que ésta fuese rechazada, á pesar de su incomparable bravura. Los franceses se retiraron, dejándose perseguir y desposicionar por la Infantería y caballos de nuestra derecha. ¡Oh momento feliz! Ya se podía pensar en beber. ¿Pero dónde?

Después del avance de nuestras tropas, que no ocuparon intencionadamente las posiciones francesas por ofrecer esto algún peligro, los soldados del provincial de *Jaén* divisaron una noria, en el momento que los franceses, que durante la acción habíanla ocupado, se hallaban en el caso de abandonarla. Vieron todos aquel lugar como un santuario cuya conquista era el supremo galardón de la victoria, y se arrojaron sobre los defensores del agua escasa y corrompida que unos cuantos arcaduces arrojaban en un estanquillo. Los enemigos, que no querían desprenderse de aquel tesoro, lo defendían con la rabia del sediento.

M.C.D.2020

Oí decir: «¡Allí hay agua, allí se están disputando la noria!», y no necesité más. Lancéme, y conmigo se lanzaron otros en aquella dirección; tomé del suelo un fusil que aun apretaba en sus manos un soldado muerto, y corrí con los demás á todo escape hacia la noria. Penetramos en un campo á medio segar, á trechos cubierto de altos trigos secos, á trechos en rastrojo. La lucha en la noria se hacía en guerrillas; acerquéme á la que me pareció más floja, y desprecié la vida, lleno mi espíritu del frenético afán de conquistar un buche de agua. Aquel imperio, compuesto de dos mal engranadas ruedas de madera, por las cuales se escurría un miserable lagrimeo de agua turbia, era para nosotros el imperio del mundo.

Los franceses defendían su vaso de agua, y nosotros se lo disputábamos; pero de improviso sentimos que se duplicaba el calor á nuestras espaldas. Mirando atrás, vimos que las secas espigas ardían como yesca, inflamadas por algunos cartuchos caídos por allí, y sus terribles llamaradas nos freían de lejos la espalda. «O tomar la noria ó morir», pensamos todos. Nos batíamos apoyados contra una hoguera, y la hambrienta llama, al morder con su diente insaciable en aquel pasto, extendía alguna de sus lenguas de fuego azotándonos la cara. La desesperación nos hizo redoblar el esfuerzo, porque nos asábamos, literalmente hablando, y por último, arrojándonos sobre el enemigo, resueltos á morir, la gota de agua quedó por nosotros al grito de «¡Viva España!»

Aplacada la sed, corrimos hacia el campo de batalla. Ya cerca de él, pasó rápidamente por delante de mí un caballo sin jinete, arrogante, vanaglorioso, con la crin al aire, algo azorado y aturdido. Le seguí, y apoderándome de sus bridas cuando volvía, me monté en él: después de ser por un rato soldado de á pie, tornaba á

M.C.D.2020

de la desesperación, que tan pronto señalaba la boca de los cañones como el cielo, indicando á sus soldados un alto ideal al conducirles á la muerte, era el desgraciado General Dupont, que había venido á Andalucía seguro de alcanzar el bastón de Mariscal de Francia. El paseo triunfal de que al partir de Toledo hablé, había tenido aquel tropiezo.

Los repetidos disparos de metralla no detenían á los franceses. Brillaban los dorados uniformes de los generales puestos al frente, y tras ellos la hilera de marinos, todos vestidos de azul y con grandes gorras de pelo, avanzaba sin vacilación. De rato en rato, como si una manotada gigantesca arrebatase la mitad de la fila, así desaparecían hombres y hombres. Pero en cada claro asomaba otro soldado azul, y el frente de columna se rehacía sin demora, acercándose imponente y aterrador. Aceleraban su marcha al hallarse cerca; iban á caer como legión de invencibles demonios sobre las piezas para clavarlas y degollar sin piedad á los artilleros.

Los que asistíamos á aquel espectáculo sin ser actores de él estábamos mudos de estupor, con el alma y la vida en suspenso. De pronto una conmoción inmensa, un estrépito indescriptible señalaron el momento culminante de la refriega. Vi á los marinos de la Guardia próximos, casi tocando á las bocas de los cañones... Destrozados en el primer ataque, lo repetían sacando el último resto de bravura de sus corazones resecados por el calor, y volvían á la carga, resueltos á dejarse hacer trizas en la boca de los cañones ó tomarlos. Nuestros soldados sacaban fuerzas de su espíritu, porque en el cuerpo no las tenían ya. Hasta los artilleros empezaban á desfallecer, y heridos casi todos los primeros de izquierda y derecha, atacaban los segundos, daban fuego los terceros, y del servicio de municiones encargábanse los paisanos...

La escena de furor y estruendo cambió de improviso... La furia se apagaba en un hondo y grave silencio... No sé lo que pasó. Corrimos fuera de la carretera; todos mis compañeros proferían exclamaciones de frenética alegría. Vi los cañones inmóviles y delante una espesa cortina de humo, que al disiparse permitía distinguir los restos del batallón de marinos. En el centro francés flotaba una bandera blanca avanzando hacia nuestro frente. La batalla había concluído.

Nuestros soldados se abrazaban. Confundíanse los diversos regimientos y los paisanos advenedizos con la tropa. La gente del vecino pueblo de Bailén acudía con cántaros y botijos de agua. Agrupábanse hombres y mujeres junto á los heridos para recogerlos. Los caballos recorrían orgullosos la carretera, y los generales, confundidos con la gente de tropa, demostraban su alegría con tanta llaneza como ésta. Los gritos de ¡viva España!, ¡viva Fernando VII!, eran sublime concierto que llenaba el espacio, como antes el ruido del cañón; y el mundo todo se estremecía con el júbilo de nuestra victoria y con el desastre de la Francia, primera vacilación del orgulloso Imperio.

ser jinete. Busqué con la vista el escuadrón más próximo, y vi que á retaguardia del centro se formaba en columna con distancia el de *España*. Entré en las primeras filas, y en ellas reanudo mi cuento, ó si os parece mejor, mi lección de Historia de España.

Cuando la tropa francesa de línea retrocedió por tercera vez, extenuada de hambre, de sed y de cansancio; cuando los soldados que no habían sido heridos se arrojaban al suelo maldiciendo la guerra, negándose á batirse, insultando á los oficiales que les llevaran á tan terrible situación, el General en Jefe reunió la plana mayor, y expuesto en breve consejo el estado de las cosas, se decidió intentar un último ataque con los marinos de la Guardia Imperial, aún intactos, poniéndose á la cabeza todos los generales.

Delante de las primeras filas de caballería masas de tropa escoltando los seis cañones de la carretera, cuyo fuego certero y terrible había sido el nudo gordiano de la batalla. Servidos siempre con destreza y al fin con exaltación, aquellos seis cañones eran durante unos minutos la pieza de dos cuartos arrojada por España y Francia, por la usurpación y la nacionalidad, en un corrillo de veinte mil soldados. ¿Cara ó cruz? ¿Las tomarían los franceses? ¿Se dejarían quitar los españoles aquellos cañones? ¿Quién podría más, nuestros valientes y hábiles oficiales de Artillería, ó los quinientos marinos?

Yo vi á éstos avanzar por la carretera, y entre el denso humo distinguimos un hombre al frente del valiente batallón, blandiendo con furia la espada; un hombre de alta estatura, el rostro desfigurado por la costra de polvo que amasaban los sudores de la angustia; de uniforme lujoso y destrozado en la garganta y seno, como si lo hubiera hecho pedazos con las uñas para dar desahogo al oprimido pecho. Aquella imagen

M.C.D.2020

X

Capitulación.

Las alegrías de aquel momento sublime movían de una parte á otra un oleaje de actividad y de entusiasmo. Era como una segunda batalla en que los sentimientos patrióticos chocaban con exaltación parecida al furor de los combates. Allí había desaparecido la persona humana, fundiéndose en el hermoso conjunto de la Sociedad ó la Nación, que era sin duda la que conmovía la tierra con sus alaridos de gozo. Nos embriagaba la idea de que el ejército francés capitulaba, entregándonos todos sus hombres, todo su armamento. En un rapto de patriotismo delirante, mi amigo Marijuán me dijo: «Y ahora... que vuelva ese señor Napoleón á meterse con nosotros... Chico, ya podremos comernos el mundo. La Junta de Sevilla será una remilgada si no nos manda conquistar á París....¡Viva España!»

De esto hablábamos cuando un acontecimiento inesperado nos llenó de estupor. La corneta y el tambor nos llamaron á ocupar nuestras posiciones, y gran número de gentes del pueblo corrían hacia las calles de Bailén. Nuestros destacamentos habían divisado las columnas avanzadas del General Vedel, que venía de Guarromán en auxilio de Dupont. ¡Ay! ¡Si [illegible] lle-

M.C.D.2020

gado un momento antes, poniéndonos entre dos fuegos! Pero Dios, protector en aquel día de la España oprimida y saqueada, permitió que Vedel llegase cuando estaba convenida la tregua y se había principiado á negociar la capitulación.

Al instante mandó Reding un oficio al General francés dándole cuenta de lo ocurrido, y los enemigos se detuvieron más allá de una ermita que llaman de San Cristóbal, situada á mano izquierda del camino real, yendo de Bailén á Guarromán. Al poco rato vimos un oficial francés que llegó de pueblo con un oficio para Reding y otro para Dupont, y como en el Cuartel General de éste se estaban ya negociando las bases de la capitulación, nos consideramos seguros de no ser atacados por la parte alta del camino. La acordada suspensión de armas debía afectar á todas las fuerzas que componían el ejército imperial de Andalucía.

Á pesar de esta confianza, varios regimientos, entre ellos el de *Irlanda* y el famosísimo de *Órdenes*, que tanto se había distinguido en la batalla, ocuparon el camino frente á las tropas de Vedel, las cuales, conforme llegaban, iban tomando posiciones. Sería poco más de la una cuando los franceses de Vedel, sin aguardar á que les contestara Dupont, rompieron el fuego contra *Irlanda*. Gran efervescencia y algazara y tumulto en nuestras filas. Todos querían ir, no á combatir con los franceses, sino á pasarlos á cuchillo, por violar las leyes de la guerra.

Pero la Providencia estaba de nuestra parte en aquel día. Casi juntamente con los primeros tiros de la embestida de Vedel, sonaron cañonazos lejanos, que al principio no supimos á qué dirección referir.

Era la tercera división, enviada al amanecer desde Andújar por Castaños en seguimiento de Dupont. Venía ya por Casa del Rey, y al enemigo se anunciaba

M.C.D.2020

con disparos de pólvora seca. Aterrado con este nuevo refuerzo, que aniquilaría los restos del ejército si Vedel al armisticio no se sometía, Dupont dió enérgicas órdenes para que cesara el fuego de la división recién venida de Guarromán, y el fuego cesó. Con esto, los nueve mil hombres de Vedel se sometieron de antemano al pacto que ajustaba su General en Jefe.

Pasando ahora de lo grande á lo minúsculo, sabréis que nuestro amo el primogénito de Rumblar se nos perdió en lo más rudo de la batalla. Terminada ésta, y viendo la desolación de la Condesa y de las adorables niñas, Marijuán y yo pedimos licencia para salir á buscarle. Acompañados del afligido preceptor, que lacrimoso y suspirante creía encontrar á su amado discípulo entre los muertos, recorrimos todo el campo por una y otra parte, llegándonos al fin, para que nada nos quedase por investigar, á la ermita de San Cristóbal, próxima á las posiciones de Vedel.

Ya nos volvíamos descorazonados, cuando vimos que, camino abajo, hacia nosotros venía un joven saltando y jugando con aquella volubilidad y ligereza propia de los chicos al salir de la escuela. Á ratos corría velozmente; luego se detenía, y acercándose á los matorrales sacaba su sable y la emprendía á cintarazos con un chaparro ó una pita; luego parecía bailar, moviendo brazos y piernas al compás de su propio canto, y también echaba al aire su sombrero portugués para recogerlo en la punta de la espada.

«¡Qué veo!—exclamó D. Paco con súbita exaltación.—¿No es aquel mozalbete el propio D. Diego; no es mi niño querido, la joya de la casa, la antorcha de los Rumblares...? Eh... D. Dieguito, aquí estamos... venid acá.»

En efecto, era D. Diego en persona. Nos vió, y al punto vino corriendo para abrazarnos á todos con

grande alegría. Recogimos al lindo y travieso mayorazgo, que nos contó ridículas historias para justificar su extravío, y Marijuán y D. Paco se encargaron de devolver á su familia el rapaz inconsciente, de puro tonto, en que fundaba su futura grandeza. Yo me quedé en el campamento y me abstuve de entrar en el pueblo y de pisar la casa de Rumblar, porque la inopinada ingerencia de aquella familia en la sacratísima esfera de mi Cuento de Hadas me causaba indecible desconsuelo, como he de referir en sazón oportuna.

Las conferencias para la capitulación iban despacio. Los parlamentarios, que por Francia eran los generales Chabert y Marescot, y por España Castaños y Conde de Tilly, deliberaban en Andújar, regateando con verdadero ensañamiento las condiciones de la rendición... En la tarde del día 20, recorrí con otros amigos el campo francés, observando la terrible situación de nuestros enemigos. Los carros de heridos ocupaban larguísima extensión, y para sepultar sus tres mil muertos, habían abierto profundas zanjas, donde los iban arrojando en montón, cubriéndolos luego con la mortaja común de la tierra. Algunos heridos de distinción estaban en las Ventas del Rey. Aquí y á lo largo del camino, los cirujanos no daban paz á la mano para vendar y amputar, salvando de la muerte á los que podían. Los soldados sanos sufrían los horrores del hambre, alimentándose muy mal con caldos de cebada y [illegible] de avena, que parecía tierra amasada.

Todos anhelaban, para salir de tan lastimoso estado, que se firmase de una vez la Capitulación; pero ésta se despacio, porque los Generales españoles querían sacar el mejor partido posible de su triunfo. Según oí decir aquel día, ya estaba acordado que se concediese á los franceses el paso de la Sierra para regresar á Madrid,

cuando se interceptó un oficio en que el Lugarteniente general del Reino mandaba á Dupont replegarse á la Mancha. Comprendieron entonces los españoles que conceder á los franceses lo mismo que querían era muy desairado para nuestras armas.

También alcanzamos á ver á lo largo del camino real la interminable fila de carros donde los imperiales llevaban todo lo cogido en Córdoba. ¡Funestas riquezas! Dicen algunos historiadores que el afán de no dejar atrás los quinientos preciosos carros les puso en el aprieto de rendirse, con la esperanza de salvar el convoy. Yo no creo que hubieran podido escapar con carros ni sin ellos, porque allí estábamos nosotros para impedírselo; pero sea lo que quiera, lo cierto es que Napoleón dijo algún tiempo después á Savary en Tolosa, hablando de aquel desastre tan funesto al Imperio:

Más hubiera querido saber su muerte que su deshonra. No me explico tan indigna cobardía sino por el temor de comprometer lo que había robado.

Firmada quedó al fin en Andújar la Capitulación llamada de Bailén, gloriosísima para nuestras armas, humillante para las de Napoleón. Yo no vi el triste desfile de los ocho mil soldados de Dupont cuando entregaron sus armas ante el General Castaños, porque esto tuvo lugar en Andújar. Á pesar de que la primera y segunda división habían sido las vencedoras de los franceses, la honra de presenciar la rendición fué otorgada á la tercera y á la de reserva. Por delante de nosotros desfilaron las tropas de Vedel, en número de nueve mil trescientos hombres, y dejando sus armas en pabellón, nos entregaron muchas águilas y cuarenta cañones.

Les mirábamos y nos parecía imposible que aquellos fueran los vencedores de Europa. Después de haber

M.C.D.2020

borrado la Geografía del continente para hacer otra nueva, clavando sus banderas donde mejor les pareció, desbaratando imperios, y haciendo con tronos y reyes un juego de títeres, tropezaban en una piedra del camino de aquella remota Andalucía, tierra casi olvidada del mundo desde la expulsión del islamismo... Ninguna victoria francesa resonó en Europa como aquella derrota, que fué, sin disputa, el primer traspiés del Imperio. Desde entonces caminó mucho, pero siempre cojeando. España, armándose toda y rechazando la invasión con la espada y la tea, con la navaja, con las uñas y con los dientes, probaría, como dijo un francés, que los ejércitos sucumben, pero que las naciones son invencibles.

XI

Sabed ahora, queridos niños, lo que pasaba del otro lado de Sierra Morena en aquel mismo mes de julio. El día 7 había jurado José en Bayona la Constitución hecha por unos españoles vendidos al extranjero. El día 9, el mismo José traspasaba la frontera para venir á gobernarnos. El día 15 ganaba Bessières en los campos de Ríoseco una sangrienta batalla, y al tener de ella noticia Napoleón decía lleno de gozo: «La batalla de Ríoseco pone á mi hermano en el trono de España, como la de Villaviciosa puso á Felipe V.» El 20, un día después de nuestra batalla, entró José en Madrid, y aunque la recepción glacial que se le hizo le causara suma aflicción, aun le parecía que el buen momio de la corona duraría bastante tiempo.

Pero hacia los días 25 y 26 se esparce por la capital un rumor misterioso que conmueve de alegría á los españoles y de terror á los franceses: corre la voz de

que los paisanos andaluces y algunas tropas de línea han derrotado á Dupont, obligándole á capitular. Este rumor crece y se extiende, pero nadie quiere creerlo; los españoles por parecerles demasiado lisonjero, y los franceses por considerarlo demasiado terrible. El absurdo se propaga y parece confirmarse; pero la corte de José se ríe y no da crédito á aquel cuento de viejas. Cuando no queda duda de que semejante imposible es un hecho real, la corte, que aun no había instalado sus bártulos, huye despavorida; las tropas de Moncey, que rechazadas de Valencia se habían replegado á la Mancha, se unen á las de Madrid, y todos juntos, soldados, generales y Rey intruso, corren precipitadamente hacia el Norte, asolando el país por donde pasan.

De mí os diré que tuve que volverme á Madrid, escoltando á unas señoras que me pagaron buena soldada con tal objeto, y si ello me alegraba por cambiar de vida y de teatro (que en tiempos de guerra es harto enojosa la quietud), no fué completo mi gozo, porque hube de separarme de mi más que amigo hermano Marijuán. De éste no supe nada en algún tiempo: ya os hablaré de nuestro encuentro en el curso de estas historias, y de las inauditas proezas que él y yo en distintos lugares de España presenciamos.

En Madrid me alisté en el Cuerpo de Voluntarios que allí se formó; mas no tuve ocasión de añadir á mi hoja de servicios ningún acto resonante. Continuó la guerra, encendiéndose con nuevo ardor en el otoño del año 8. Los sitios de Valencia y Zaragoza mantenían el fuego sagrado. Napoleón, aplicando su inmenso ingenio militar á robustecer su terquedad caprichosa, reforzó su ejército conquistador, y en persona vino á traernos á su hermano José, que con los tiros de Bailén salió de aquí espantado como un conejo. Forzó

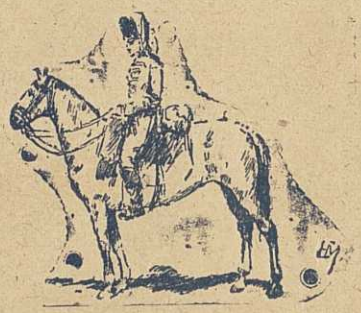
Napoleón el paso de Somosierra con hueste numerosa; sus lanceros polacos excediéronse en bravura loca y en crueldades de guerra. Dueño quedó de Madrid el 2 de diciembre. Se aposentó en el palacio del Duque de Pastrana, en Chamartín de la Rosa, de donde salió para visitar á su hermano en Madrid y en El Pardo.

Y ya que os hablo del Rey José, debo preveniros contra las imposturas que el vulgo acumulaba sobre la persona de aquel buen señor, primera víctima en España de la soberbia y de la obcecación de su hermano. El patriotismo, en casos de lucha encarnizada contra la invasión, no puede repudiar ninguna forma defensiva y agresiva, y las acepta y utiliza todas, desde las más sublimes hasta las más vulgares y chocarreras... Pero pasado el tiempo, y depuestas las armas nobles así como las viles, no digáis que el llamado José I era borracho, ni tuerto, ni disoluto. Los injuriosos motes de *Pepe Botella* y *Rey de Copas* eran el arma del vejamen y de la burla, usada por los que no podían usar otra. Y podéis ver también que en su corto y adverso reinado, dentro de la redoma francesa, que absolutamente le aislaba del sentimiento español, dictó el noble José resoluciones de grande utilidad, como el quitar de en medio el Santo Oficio, reducir los frailes á su tercera parte y otras saludables medidas. Mas era extranjero, traído por la fuerza con insolente arrogancia y menosprecio de la dignidad de la Nación.

Á mí me fué muy mal en aquella etapa de nuestra gloriosa guerra. Prendiéronme por sospechoso, y en una cuerda de *pilletes* y *vagabundos* me encaminaron á Francia. Entre aquellos *pillastres* iban el gran poeta Cienfuegos, el actor Isidoro Máyquez y el afamado latinista Sánchez Barbero. Me confabulé con otros dos de la cuerda, obscuros y pobres como yo, y desplegando tanta picardía como audacia, nos escapamos antes de

M.C.D.2020

llegar á Burgos... ¡Oh dicha! ¡Libertad al fin! Con unánime pensamiento resolvimos marchar á Zaragoza y pedir á la heroica ciudad tres puestos, tres fusiles y tres pedazos de pan para pelear por España.



M.C.D.2020